

Cuatro goteos de tinta jerezana

Una mariposa que subió al cielo

José Félix Bonilla Sánchez

Un diablo fue desterrado del infierno por hacer obras caritativas: ¿quién le manda proceder en contra de su naturaleza? Llegó a la Tierra, al sitio en que «viven» los inseguros, los que no saben elegir entre infierno y cielo. Para distraerse salió a buscar personas que ocuparan un *infierno* de trabajos insatisfactorios —contrarios, también, a su naturaleza—, esos en los que voluntariamente se ha esclavizado el hombre para recibir a cambio unas monedas —como una especie de Judas que se traiciona—, con las que va construyendo su cadena de imanes y a los que va pegando cada vez más peso con accesorios de los que resulta difícil desprenderse.

No imaginaba el pobrecito lo complicado de su tarea, pues pensó encontrar una que otra persona en cada sitio de trabajo merecedora de castigo. ¡Equivocación! Hubiera requerido del apoyo de todos los ejércitos infernales para cargar con tanta gente involucrada en ese pecado. Como estaba solo tuvo que inventar un método para llevar a tanta gente al territorio que le correspondía. Sí, cuando alguien está solo, excluido de toda comunidad, no le queda más remedio que inventar.

Durante mucho tiempo se contagió de los humanos y no sabía qué hacer: ¿alimentar la farsa de los hombres y ser bueno con ellos? ¿Obedecer a su naturaleza y abatirlos, llevarlos a un estado de *felizmente muertos*? Luego de la incertidumbre decidió por fin obedecer a su corazón —de diablo— así que los abatiría, dejando en su trabajo únicamente a los que lo hacían con pasión y entereza: sin esperar el momento de acceder a su verdadero trabajo, o el fin de semana y la quincena para ver nacer en la vida su sentido. Quería purgar su arrebató de virtud y ganar el pago de regresar a su infierno, no permanecer más tiempo con los inseguros. Por otra parte, la idea de dar con el camino al cielo, en donde habita la gente feliz, obediente, sana, le parecía la peor fortuna que un diablo pudiera imaginar; por lo tanto, antes de que le aumentaran su castigo quería ganar el regreso a su entrañable hogar, del que le arrancaron como se arranca una criatura de las entrañas de su madre, en el momento en que tendió la mano a un pobre diablo: «¿Quién te dijo que estamos aquí para ayudar y conmisernarnos de los demás? Por eso: vive».

Tuvo, a su pesar, un momento de flaqueza: lo que se proponía ¿era congruente con su visión de abatir proyectos humanos? ¿Qué tal si de nuevo erraba, si más que perjudicar favorecía y lo arrojaban incluso hasta el cielo? ¿Cómo garantizar el retorno a la brasa tan ardiente de su soledad, ahora que tenía la determinación de no volver a tender su brazo? Se ríe de las personas piadosas que pecan el sábado solo para confesar el domingo y mantener vigente aquel viejo sentido del oficio santo —ni siquiera eso lo hacen con verdadera pasión, como exhortación proveniente de lo más profundo de su ser—.

*

Su ataque fue contundente. Sin lágrimas ni sangre. *La mañana del diablo* pareció como si nada hubiera pasado. ¡Cómo! ¿Las mañanas del diablo son esas en las que nada pasa? Miles de «trabajadores» murieron sin que nadie reparara en su ausencia, como si no hubieran pisado la tierra, ni sentido los rayos del sol, ni mañanas alegres ni noches tristes. En sus allegados fue como un despertar extraño, con memoria remota de la existencia de un ser del que se preguntaban ¿quién era? ¿Por qué tengo la extraña sensación de haber conocido a una persona? La zozobra de haber soñado con un ángel del que no se sabe ni su nombre, ni cómo es, ni lo que sueña, ni las cosas que le preocupan o le brindan alegría. Lo que hacían en su trabajo nadie lo echó de menos.

Sus «grandes» proyectos fueron esfumados como el polvo que se adhiere, de manera persistente, sobre las alas de una pequeña mariposa cuando su gran proyecto la invita de nuevo a elevarse a lo más alto de su cielo.

*

Carta dirigida con agradecimiento ferviente a nuestro diablo por uno de los que fueron salvados de aquella *vida*, abatido por el proyecto de los *felizmente muertos* con el que pretendía recuperar su infierno:

Señor de la noche, gracias por ser mi salvador, por venir a rescatarme de una vida miserable y captar mi anhelo más profundo, tanto que ni yo logré reconocerlo. Me has traído a esta soledad eterna —que, ahora lo sé, es lo que buscaba en cada paso— en la que no hay motivos de queja. Apenas he logrado salir de mi noche y agradecerte; espero regresar pronto, perderme allá en el abismo infinito en que no hay deseo ni añoranza ni decepción. Las alas que me regalaste me han elevado hasta la nada. Adonde olvido penas: aquel alimento de cada mañana; alegrías: que cada día se me presentaban como fruto prohibido. Hoy me pagas con el suave aroma del olvido y la soledad, me arropas con un manto cálido de inexistencia, enciendes para mí el primer fuego que corre por donde muchos días y noches mi sangre se adormecía. Gracias.

Tus ojos de fuego cada noche reflejaban mi profunda cobardía e incesante rutina. Esos cuernos tan variables como la fortuna bailaban al compás de diversos tiempos, sin dirigirse jamás al cielo esperando explicación. Bien me lo expresaste aquella noche: «Explicación, ¿de qué? Ingenua criatura que no das un paso sin esperar de lo alto aprobación o castigo». Esa cola circular que me hacía suponer el inminente retorno a mi origen; esa circularidad y vaivén me pareció con más verdad que los profundos desvaríos

de grandes pensadores. En fin, no digo más, porque cada palabra que pasa por mi boca y mis entrañas me puede aprisionar en la cárcel invisible del amor.

Regresó a su noche cobijada por la soledad.

El diablo, excitado por esa muestra de gratitud, no estableció ninguna danza infernal para festejar ese triunfo pasajero — ¿cuál no lo es? — en que al parecer el amor se postraba frente a la fuerza de la eterna soledad. Se concentró en su objetivo, pues reconoce que un momento de festejo basta para distraer del objetivo último. Quiso también buscarse nombre representativo de su paso por el mundo, en el cual sepultar toda vivencia, para regresar a su infierno sin el mínimo recuerdo de las cosas que ocurren en la vida.

Onir. Así se llamaría. Está bien dicho: *se* llamaría, pues con absolutamente nadie quiere tratar, por nadie sería nombrado, ninguna colectividad haría de él su estandarte. Sería eterno representante de la singularidad, forjador de lo que no se comparte, de la palabra que se calla procurando plenitud.

*

Breve historia de Onir: así sería la suya, muy breve —si se mide, claro, desde *su* consideración del tiempo, ese fantasma engatusador—. De todos modos, en ese pequeño lapso en el que apenas cabría el suspiro de una bestia del abismo, encontró la forma de sugerir algo, así fuera una ocurrencia sutil, a quienes participan apasionadamente de la danza infernal, en la que no se tiene pareja ni se va buscando armonía; se baila en soledad, en lo más profundo de la esencia humana: razón por la cual Onir se pudo *comunicar*, a su modo, con ellos. Prefería con mucho a quienes no estaban organizados: de manera que pudieran *unirse* a él. Seres cuyos ojos ven el mundo desde otro lugar aparte del común; subversivos, inconformes, que se ríen de la felicidad y salud absolutas, que reconocen en ellas una trampa más peligrosa que los destellos de luz infernal. Seres, en fin, que no se regocijan ante la perfección del mundo conocido ni se dejan extasiar por el pincel de otros creadores.

«No te dejes engañar», susurra Onir a sus elegidos, «por ese fuego que se apaga con la primera llovizna que cae del cielo, apuéstale al gran fuego que no apaga ninguna tormenta por fuerte que parezca, venga de donde venga. Ese fuego al que cualquier viento solo servirá para reanimar».

Susurros acordes con la naturaleza de Onir: no distingue ya entre amigos o enemigos, pues ambos pueden apagar o atizar el fuego. No se dirige a sus elegidos cuando se hallan completamente despiertos o dormidos, sino en un estado híbrido que los incluye, de manera que no pueden realmente hablar de él, si acaso de sus vestigios. Cada noche deviene reflejo de *La noche* referida en que nuestro diablo fue castigado con la expulsión de su reino de fuego y la permanencia temporal en la tierra. Si en esta logra redimirse no será duplicado su castigo enviándolo adonde no queda espacio para las pequeñas invenciones —de ahí su renuencia de acceder—. Quiere que sigan sus llamas encendidas.

Su objetivo es conducirse siempre adonde su fuego arde, es la brújula que marca su horizonte, no lo detiene temor alguno a quemarse o sufrir. No quiere

ser fascinado por el paradisiaco espejismo de armonía y comodidad, como los entes fugaces que conocimos y desconocimos al principio, cuando todavía no tenía el nombre de Onir, cuando sus oscuros actos aún no lo pegaban sobre sus venas de fuego.

*

Himno dirigido a una mujer cuyo llanto, de tan intenso, estuvo a punto de apagar temporalmente el fuego de Onir:

*¿A qué viene mujer tu luto eterno?
Como si fueras negra mariposa
Como si no pudiera un insigne poeta
Haberle dado luz al fuego del infierno.*

*Despega pues tus alas de su voz pegajosa
Para que no se opaquen los cantos de las aves,
Ese azul que se pierde, allá arriba, ¿no sabes?
Es el tono apacible de una eterna promesa.*

*

Cuando la mariposa voló y nos invitó a conocer a Onir, a los *felizmente muertos*, a la mujer y su llanto perpetuo, se fue a parar en la cabeza de nuestra Emma. ¿Quién es Emma? En seguida lo sabremos.

«Un inquieto niño se monta en un caballo y comienzan a correr por el campo verde y rebosante de vida. Llega el momento en que la carrera le parece al niño poca cosa, así que se inclina procurando acercar su boca libre a la oreja izquierda del animal y le susurra con entusiasmo: «Vuela». Como si estuviera esperando esa invitación el caballo sube llevando consigo al niño que perdió el miedo de hablar y pedir.

»Luego de recorrer muchos espacios de campo abierto se internaron en el pueblo —ese gran pueblo creado por Onir en sus momentos de ocio; no estaba convencido de crearlo, de si le agradaría, pero en tanto tomaba esa resolución le dio vida, luego vendrían los juicios—, pasando por encima de las casas. El niño iba recostado, abrazado al cuello del caballo, de modo que los ojos del pequeño iban cercanos a los del animal; esa cercanía propició que pudiera ver con los ojos del caballo; así pudo mirar a través de las paredes y la noche. Supo que había muchas casas vacías: unas vacías de gente, donde imperaba una soledad añeja en que sentía una presencia misteriosa, que no se ve ni se oye, solo se siente; otras estaban vacías de sueños, acompañadas por la inquietud ominosa de la realidad; descubrió que las personas grandes tienen sueños pequeños, y que algunas lo son tanto que incluso están agotados —su saber ha llegado a un punto en que ya no recurren a esa función tan menospreciada por ellos y que da vida, precisamente, a lo que no se sabe—.

»Caballo y niño siguieron descubriendo muchas cosas, pues ante ellos la gente no tuvo miedo de mostrarse sin adornos, así que pudieron ver desde

arriba un escenario distinto al que se ve cuando se camina y se mira sin la magia de los ojos de caballo. Como ustedes ya saben lo que vieron, no se los digo —para qué cansarlos con lo que ya conocen—. Pero quiero mencionar un detalle que demandó la perspicaz atención de ambos. Había dos niños peleando. Pero eso no fue lo que llamó su atención, pues nada tiene de sorprendente. Lo que llamó su atención es que no peleaban con sus armas, sino con las de sus progenitores, que les quedaban demasiado grandes y ofrecían un espectáculo de mucha risa: fue cuando el niño conoció la risa de un caballo. Cuando pasó el ataque de risa y tomaron las cosas con seriedad —por lo menos con la que se puede tomar la vida— bajaron para ver la pelea de cerca. Uno de los niños aprovechó un descuido del otro y estaba preparado para herirle con un desconocido diente de dragón —esos cuyo fuego enciende venas y corazón humanos—, de una manera que no se levantaría más como cada mañana.

»De la frente del caballo comenzó a crecer un cuerno, como los que ni el niño que iba en su espalda conocía; se podía mover y girar para donde quisiera el caballo. Y lo más importante: del cuerno surgían rayos poderosos capaces de inmovilizar a una persona o hacer que se moviera, que lograra dormir, despertar o soñar. Onir pudo meter aquí su cola circular —que tiene sobre la punta un pincel con el que diseña penas— para incrementar el número de los *felizmente muertos*, pero lo detuvo el deseo de conocer la ética de un caballo y ver cómo definía su acción. Antes de lanzar su rayo volteó los ojos y el cuerno hacia el niño montado sobre su espalda, esperando indicación, para que fuera él —ese mismo que lo había invitado a correr y volar— quien le dijera qué hacer, hacia dónde dirigirlo. Cuando el niño sintió su expectante mirada, dio un profundo suspiro, se agarró con fuerza del caballo con una mano, dejando la otra libre para frotarse los ojos y ver con mayor claridad, entonces abrió la boca, sabiendo que el caballo escuchaba, sin atender a su edad. Sintiendo el niño esa súbita existencia, en que sueños y deseos cobran valor, le dijo al caballo...»

La narración se interrumpió cuando una mariposa se puso a bailar con el ritmo de una música desconocida sobre la cabeza de Emma, la joven que inventaba este cuento para un grupo de niños. Luego voló elevándose al cielo, dejándole unas ganas inmensas de seguirla. Así que Emma dejó a los niños inventando el final. Ella decidió volver al principio, al origen de todo lo que conocía y lo aún por descubrir.

¿Cómo es que lograste subir, curiosa criatura? ¿Cómo inició tu ascenso? Antes de llegar al cielo andabas arrastrándote por la tierra, en tu fase gusanea que se prolongaba por lo que parecía una eternidad. Pero incluso antes ya estabas en alguna parte, en las profundidades de la tierra, en un continente donde *infernán* las criaturas que no se interesan por llegar a lo más elevado del cielo. Aunque —se preguntó Emma con asombro— ¿lo más elevado del cielo no será ese abismo infernal? Somos tan efímeros como esos gusanitos que pasean sobre la tierra. Acaso la manera de dimensionar los diferentes espacios y momentos de nuestra vida sea una ingenua fantasía de suponer que subimos. Habremos de llegar, a fin de cuentas, a los brazos del abismo, esa

dimensión para siempre innombrable adonde irán los demonios, los ángeles y los que durante un pequeño lapso formamos parte de la humanidad. Pero, ¿es que somos diferentes? ¿La mariposa lo es del gusano y este lo es de lo que fue durante su fase pre gusanea? ¿Qué es lo más alto y lo más bajo? ¿En dónde radica el principio y el final de todo, suponiendo que tal cosa exista? En tanto lo averiguamos hay que imaginar la condenación de un condenado, el exilio de un diablo de su entrañable infierno.

Tu pecado será proceder con misericordia en un momento de descuido: ¿acaso se requiere algo más que un momento para el devenir de lo trascendental? ¿Cómo serán tus cuernos y tu cola, o tendrás un solo cuerno, como mi caballo y, acaso, dos colas? Ya lo veremos, no conviene apresurarse cuando se forma la vida de un nuevo ser. Lo más importante de tu naturaleza, Onir —sí, llamémosle Onir—, es que no estás acabado. Tienes unos esbozos que cuelgan de tus cuernos y acaso un día te los arranquen. Así son los esbozos —las voces que se tornan audibles en la penumbra de la noche, cuando la luz huye por temor a ti, y la esconden las estrellas y la luna—: creadores.

Tu cuerno será como una verga de palabras penetrándome y arrancando la virginidad a mi alma. ¡Pensar que naciste del vientre suave de una mariposa! De mi cabeza subiste a la nube y desde ahí arremetiste hasta las entrañas de la tierra. Naciste como un ser diminuto que tomó cuerpo de gusano para luego arrebatarse a la naturaleza tus alas.

Querencia desahijada

Jesús Humberto Carrera García

—¡Te lo contaré! Me has dicho que entre nosotros es necesario que aclaremos ese rumor para podernos casar. Que sea lo que la Virgencita quiera —dijo José en tono serio a su prometida sin dejar de seguir con la mirada una chuparrosa que se posaba en la engordacabra buscando sin éxito una flor—. Fue por La Mesa de los Leones cuando veníamos de Plateros hace veinte años —no supo ni cómo lo dijo, pero luego de la confesión, el puro silencio sin voces daba paso al viento que de vez en cuando soplabla en sincronía con el cacaraqueo de unas gallinas que andaban sueltas—.

—¡Mi abuelo mató a tu padre allá por la sierra!

—¡Cúrame! —dijo Pancho con voz ronca y lastimosa—.

—¡Te doy todo lo que traigo, pero ayúdame a librarla!

Un hombre fornido y alto se paró en el umbral de la cueva. Traía cuatro costalitos de ixtle repletos de monedas de oro y plata. De una herida en la espalda brotaba un chorro espeso de sangre. En una nalga traía otro balazo que le impedía caminar con firmeza y por ende le obligaba a arrastrar el pie izquierdo.

En La Cueva de las Ánimas ardía una fogata en la que una liebre descuerada era tatemada y, como si estuviera gustosa por servir de alimento, mostraba su

dentadura amarillenta por el fuego. Ese día Genaro se había adentrado más de la cuenta entre los cerros buscando la fuente del sustento de su familia, por eso la noche lo encontró allá por las veredas con las cargas de candelilla bien apretadas en el lomo de los burros.

—¡Deja me apeo, pa' ayudarte, Güero!—respondió una voz salpicada de gallos, como las voces de los cantantes que no alcanzan las notas y que es normal en los adolescentes en su paso a la adultez—.

La tortilla que estaba mordiendo la dejó sabrá Dios dónde para asistir al recién llegado. Notó el charco de sangre en la tierra. Tomó de un brazo al herido y lo sentó sobre una piedra recargado en la pared. La cara de asombro del muchacho fue lo último que vio antes de desmayarse Francisco, el Güero.

No preguntó nada, era obvio que se trataba de Pancho, el ladrón que la acordada buscaba entre los partidos colindantes de Durango y Zacatecas. El botín podía ser del correo de Río Grande, de Pescador o de algún lugar con correo y con dinero. La noche pasó de prisa y ya amaneciendo Pancho despertó con el apuro en los ojos: el dinero, su caballo, sus pistolas. No había nada a la vista ¿Sería capaz de traicionarlo el muchacho de la San Juan?

—¡Cabrón! —murmuró—. Es casi una cría. ¿Así de grandotes los tendrá? —terminó la frase—.

Por eso a Pancho no le gustaba el aguardiente, porque había notado que embrutecía a quien lo tomaba y lo hacía perder la conciencia de sus acciones. «El destino, para bien o para mal, lo debería de decidir el pelao en sus cinco sentidos», dijo en una ocasión.

—¿Lo mato? —respiraba profundo y su mente continuaba—: ¿Lo mato?

Sudaba gruesas gotas en la frente. Se preguntaba para sí una y otra vez, acariciando las monedas con su mano dentro del costalillo sin dejar de mirar al herido que estaba desmayado sobre la coquenita en el suelo. Tenía motivos para dudar tanto. ¿Era el miedo a dispararle en la cabeza a un pelao de carne y hueso, él que solo había matado coyotes, liebres y lagartijas? Se trataba de un temor raro que le recorría por la espalda y se metía hasta el tuétano del espinazo ¿Podía ser ese revoltijo en su interior por matar a un hombre valiente que no le tenía miedo al gobierno? ¿Y si las balas no le hacían nada? Tenía una fama casi mítica de que nadie podía con él.

—¿Y si no se muere y va por mí y me deja todo lleno de agujeros? —empezó a parpadear rápidamente; siempre que estaba asustado o nervioso le ocurría eso—. ¿Y si montado en su Prieto arrastra el cuerpo de mi apá con la riata luego de dispararle en la cara? —imaginó la escena y profirió un grito—: ¡No! ¡Mejor es tenerlo de amigo! —acabó tajantemente con sus pensamientos y trató de descansar un poco, antes de que llegara el alba, acurrucándose sobre una costalera en la entrada de la cueva.

Luego de un rato notó que las estrellas eran más y su brillo mayor que en el pueblo; le dio por levantarse y se dirigió a un pequeño ojo de agua cercano para hacer lodo y conseguir orégano con el propósito de terminar las curaciones.

—¡Agárrese, mijo Chemito! ¡Agárrese bien, Josecito, no se me vaya a caer! —les decía su abuelo a los hermanos Anselmo y José Mares.

El primero de cinco años y el segundo de cuatro. Habían quedado huérfanos al morir sus padres de gripa española dos años antes. Ahora eran criados por sus abuelos maternos. Anselmo moriría de dieciocho años, de tisis.

—¡Amárralos bien apretaditos al fuste con los rebozos, pa' que no los tumben los burros!

—¿Revisó que no falte nada, don Genaro?

—Está el bastimento: las tortillas, las cebollas, el chile colorado, las gorditas de horno...

—¿La leche?

—Todavía calentita. ¡No más le digo que hace media hora todavía estaba en la ubre!

—...agua, cerillos, velas, rosario. Parece que no falta nada —dijo Celsa, apretando el paso—.

Celsa Pérez y Genaro Mares salían por unos días de San Juan. Andarán por un camino largo y terregoso. Peregrinan, como cada año, al Sur, al santuario del Santo Niño de Atocha. El cinturón de Orión, como todos los octubres, caminaba hacia el Occidente por una orilla del firmamento, siguiendo la marcha de los caminantes que de madrugada salieron del ejido El Zacate, en San Juan.

—Esas, las tres estrellas que brillan más, son las Tres Marías.

—¿Las Tres Marías, 'amá Celsa?

—Sí. Ese otro que está sobre aquel cerro grande es el Lucero; por ahí merito saldrá el Sol.

Un gato montés se lleva al hocico una garra que lamía satisfecho luego de tragarse una rata de campo. Observaba discretamente a la distancia, trepado en unas peñas, el tránsito de los semovientes humanos y cuadrúpedos. El frío les calaba en los pies enhuarachados. Celsa y José eran viejos pero no por eso dejarían de peregrinar, como cada año, a Fresnillo a dar gracias por todo al Santo Niño. Por las cosechas de las tierras de riego en la vega del río Aguanaul que habían dado una buena ración de maíz, frijol y calabazas. La madre natura ahí, generosa, regalaba también tomates, chile y papas, a ellos y otros. Genaro Mares tenía dinero, mucho, según decían los ancianos de la región, desde que había pasado la Revolución. Su riqueza causaba envidias y contrastaba con su vida alejada de lujos y presunciones.

Sería como el medio día cuando se detuvieron a las orillas del Camino Real junto a otras personas que iban de paso. Ahí estaba doña Martiniana echando tortillas a un comal de hojalata humeando que estaba al rojo vivo. Los peregrinos tomaron asiento sobre unas piedras en torno a la lumbre. La gente de los poblados y rancherías les ofrecían comida y agua, todo con tal de hacer una buena labor para el Santo Niño. Fueron a Plateros. Cumplieron su manda y cinco días después estaban de regreso y comían quesadillas sacadas del mismo comal de doña Martiniana. Continuaron el retorno por veredas solitarias de día y transitadas de noche por venados presurosos al escuchar el rugido del león de la sierra. Muchas fieras y víboras. Era preciso ir preparados para cualquier ataque o incidente. Por eso y más Genaro Mares siempre tenía balas al cinto junto con su Remington, su machete y su cuchillo.

—¡Eso le valió a mi abuelo para que llegáramos sanos y salvos a la casa —platicaba bajito José Mares, el nieto de don Genaro, a su novia algunos años después, ese medio día caluroso. Como si hablara solo para él.

—«¡Danos todo el dinero que traes y dinos en dónde escondes las monedas de oro!», le gritó Gabino, tu padre, a mi abuelo. «¡O les llenamos de bala la panza a tus crías!». Mi viejo sacó de prisa un fajo de billetes y se los dio. Al acercarse los reconoció. «Es mejor dejarlos aquí fríos, tirados para que las fieras se los coman y no puedan denunciarnos», dijo Joaquín a Gabino Cázares. «¡No, me tiene que dar el dinero que, dicen, le dio Pancho Villa!». Se hicieron de palabras los dos salteadores hasta que las balas bien metidas en los entresijos les callaron el hocico. Había sido rápido mi viejo con la pistola. Ese Villa, cincuenta años antes, y que no era el Revolucionario de Parral, lo había enseñado a disparar muy bien.

Se miró. Estaba vendado con hilachos rasgados por una navaja para ese propósito. Siguió escudriñando el lugar. Unas piedras en círculo dejaban entrever cenizas con brazas rojas aún. Unos chiles verdes y rojos con una cebolla en un plato de barro. Sobre unas hojas secas de caña estaba un pedazo de carne de la noche anterior. Cerca estaba un jarro y se lo llevó a la boca, así pudo comprobar que estaba aún tibio. «Estafiate», escupió lo amargo de su boca. «Hace poquito que se fue, voy a alcanzarlo, conozco esta sierra como la palma de mi mano», pensó. Pero al pararse se mareó tanto que se fue de boca cayendo encima del jarro y derramando el contenido, que llegó hasta las brasas.

—¡tá bueno, muchacho, ya vi que eres de ley! —le dijo un rato después Francisco Villa, el asaltante que nadie sabía de dónde era pero que se le vio en los últimos años del siglo diecinueve entre los poblados de Zacatecas y Durango y que muchos decían fue maestro de Doroteo Arango, quien de ahí tomó el nombre de «Pancho Villa».

—Me quedo no más con un costal de dinero y te doy los otros tres por salvarme. Escóndelos bien. Yo también puedo ser derecho con gente como tú que se gana mi buena voluntad a juerzas.

Solo el viento y el cacaraqueo de una gallina. «¿Concepción?», murmuró él, esperando una respuesta tuya. Escuchaste todo sin inmutarte y viendo hacia la nada de los cerros. La historia que José acababa de narrar era la misma que tu mamá, antes de morir, tres años antes, te había contado. «Y el viejo Mares les echó piedras encima, pero yo merita di con el lugar luego de andar y de andar bajo el inclemente sol. Ya los coyotes habían dejado de lado algunas piedras. Pude reconocer a tu padre por el escapulario que nunca se quitaba del pescuezo. Pero ahí anda muy ufano un nieto llamado José. Tú sabrás como vengarte». Por eso en el baile con el primer tocadiscos llegado al rancho le diste una, otra y todas las piezas a ese José para bailar. Nunca te interesó su famoso dinero villista, que atraía a las demás muchachas. Por eso te comprometiste con él. A lo mejor muy en el fondo ya lo querías y eso te avergonzaba. Te descubres en un pequeño atisbo de esperanza en sus ojos. ¿Podrá salvarte a ti y a él este amor en contra de la furia de la negra nube que es la venganza? Algo dijo el padre una vez en misa, que el amor lo podía todo o algo así. «Si

llegaras a encariñarte debes desahijarte de ese querer». Sientes que no debes pensar más.

Por eso de entre el rebozo sacas la pistola de tu padre y le disparas, salpicando al viento y a las gallinas blancas con manchas de sangre.

Falange

Adrián Franco

—Párate, López, que te habla el comandante.

Con más instinto que certeza, López reaccionó a la voz de mando seguida de la patada que sintió en su catre. Aún era de madrugada. Se incorporó sin preocuparse por el frío y buscó a tientas sus zapatos para calzárselos antes de que el mensajero cruzara la puerta de la caballeriza. A su alrededor percibió miradas asomadas bajo las cobijas de la docena de catres que le rodeaban, murmullos que sugerían sorpresa, morbo, otros que se apagaron en un efímero suspiro de indiferencia. No pudo evitar relacionar aquello con las reacciones de sus compañeros de la secundaria cuando el último día que pisó la escuela alguien interrumpió la clase para notificarle que se presentara en la oficina del director. A sus dieciséis años, y no obstante habían transcurrido apenas seis meses desde que abandonó la secundaria, su hogar y su pueblo, esos recuerdos le parecían tan distantes como los de un viejo empecinado en distinguir la realidad de la ilusión en su madeja de recuerdos.

Sin prestar ni un segundo de su atención a lo que sus compañeros de cuadrilla cuchicheaban, se dio prisa en acatar de la orden. Afuera el aire helado se le coló hasta los huesos. El cielo se había cubierto de gruesos nubarrones y poco pudo distinguir a simple vista, fuera de la linterna del tipo que lo despertó y que le llevaba varios metros de ventaja, así como las luces de las camionetas que a lo lejos custodiaban el portón de la finca.

—Muévete —le apuró aquel con impaciencia al tiempo que se encaminaba hacia el corral de los cerdos—.

López apresuró el paso. Su corazón se aceleraba lo mismo por el trote que por su creciente inquietud. Las luces apagadas de la finca, el movimiento de vehículos y él mismo dirigiéndose al corral a esa hora de la madrugada rebasaba su capacidad de entendimiento para saturar su cabeza de innumerables intuiciones pesimistas.

II

Jesús se golpeó en la cara con el metal de la caja de la camioneta a la que fue arrojado. Intentó usar sus brazos para incorporarse pero fue imposible. Los precintos plásticos con que le ataron las manos por la espalda se le incrustaban en la piel como cuchillas. Alcanzó a escuchar la voz de Mónica discutir algo a la orilla de la carretera, mas no podía verla. En cuanto trató de moverse un poco

para cerciorarse de que no la hubieran subido a alguno de los demás vehículos, la humanidad de otro sujeto, igualmente maniatado, le cayó encima.

Ni siquiera tuvo oportunidad de volver a intentarlo. A la caja se subieron con destreza otros dos, quizá tres tipos, y la camioneta arrancó a toda prisa. La angustiada voz de Mónica se fue perdiendo en la distancia. El sonido de sus propios latidos, el golpeteo de su cuerpo en el metal y el aire rozando sus oídos se volvieron un zumbido del que no podía asegurar que los desesperados llamados de Mónica fueran reales o simplemente la necesidad de suponerse cerca del sitio donde los bajaron del auto para que algo, cualquier cosa, le permitiera correr de vuelta, arrancar y huir juntos y con bien de esa locura.

Pero la realidad no tardó en imponerse, lo mismo que la pesadumbre de saberse a merced de aquellos que lo levantaron. El otro sujeto intentó hacer entrar en razón a sus captores.

—Somos dos, vamos a Zacatecas al cajero y les damos todo lo que haya en las cuentas, ahí sigue todo mi aguinaldo. Ya tienen nuestros coches. Les conviene —luego pateó a Jesús para que se sumara al intento de convencerles, pero en su cabeza no cabía otra imagen que la de Mónica maniatada y hundida en el mismo pánico creciente que le revolvió el estómago.

La boca se le impregnó del sabor fermentado de la cena que dieron en la posada a la que asistió más por compromiso que por gusto. No pretendía quedarse tanto tiempo, pero ver a Mónica ahí, acercarse a ella, conversar, bailar, tomar algunos tragos y ofrecerse a llevarla a Zacatecas para seguramente permanecer con ella hasta que amaneciera, le hicieron la noche. Si tan solo hubieran esperado un poco más para irse, o hubieran partido antes. Si tan solo no hubiera frenado al ver el retén en plena carretera, si no se hubiera encandilado por las luces que le hicieron suponer que eran federales, si le hubiera hecho caso a Mónica cuando le dijo que no se detuviera, si no se hubiera petrificado al ver a un chamaco flaco amagarlo con un arma enorme para que se orillara en el acotamiento.

Lo demás sucedió instantáneamente. Los bajaron, los llevaron a jalones en direcciones opuestas, un sujeto le quitó la cartera y mientras contaba el dinero y examinaba sus identificaciones y tarjetas, otro le ató las manos y lo arrojó a la camioneta, al tiempo que la misma historia se replicaba con otros conductores que seguramente corrieron con su misma lúgubre suerte.

La camioneta giró con brusquedad y el golpeteo dejó en claro que habían tomado un camino de terracería. Los intentos del infortunado compañero por negociar con sus captores habían trocado en desesperación, ruegos tan profundos como inútiles, una voz que amainó en minutos de la convicción al sollozo sordo de quien lo ha apostado todo con las cartas más efímeras. En un resabio de claridad en medio de aquella vorágine, Jesús se supo en *shock*, y quizá eso fuera lo mejor, permanecer petrificado en espera del siguiente acontecimiento, uno tras de otro, como dejarse arrastrar por un caudal salvaje del que la única esperanza reside en atesorar cada bocanada de aire como si acaso se tratara de la última.

III

Cuando López entró al corral los cerdos se alebrestaron. Estaba oscuro y era imposible verlos, aunque ellos sí podían olerlo entusiasmados de que su presencia significara comida. Sus chillidos se volvieron ensordecedores en medio del mutismo de la madrugada. Se encaminó hacia uno de los postes para conectar el interruptor de las lámparas cuando percibió el olor de humo de cigarro seguido de la voz del comandante detrás suyo.

—Todavía no, espérate —le ordenó, y López se giró con cuerpo erguido en señal de respeto, quizá sometimiento, para mirar de frente a quien mucho se temía fuera el dueño de su destino esa noche—.

Aun con la débil luz del cigarro, las facciones del comandante lucían sólidas, recias, inclementes. Las quemaduras que le distinguían, lo mismo en su físico que en su talante, le imponían un aire intimidatorio imposible de subestimar. Clavó sus ojos en los de López no con la condescendencia con la que se le mira a un chamaco de dieciséis años, sino con la determinación del depredador alfa dispuesto a destazar a cualquier otro macho, así sea de su manada, que osara suponerse digno de oponérsele. Le exhaló el humo del cigarro en la cara y con un tono cansino le preguntó:

—¿Tons qué, López? ¿Te la vas a rifar de veras o te quedas a cuidar puercos?

No obstante la pregunta fuera por demás retórica, las consideraciones instantáneas de López entorpecieron su determinación.

—¿Me va a mandar ‘pa la sierra? —indagó, mas no recibió respuesta, solo la mirada fija de aquel sujeto que con calma tomó detrás de su cintura un revólver al que le introdujo una sola bala en el cilindro. No hizo falta más para que López entendiera. El momento decisivo por el que lo había dado todo finalmente estaba en marcha—.

No pudo evitar preguntarse si lo mismo había sentido su padre cuando entró al negocio. Era un buen tipo, camionero, que lo mismo pasaba días en la casa que ausencias mucho más prolongadas al volante transportando muebles a lo largo el país, lo cual resultó en una infancia cómoda para el entonces ingenuo López. Cuando lo tenía en casa era todo ternura, cuando lo tenía afuera era todo comodidades por el dinero que mandaba y que sirvió para que habitara una casa grande, un coche grande, un colegio grande, y así con cada uno de sus anhelos que fácilmente se tornaron en caprichos. Recordó la convicción con la que aseguraba que de mayor sería camionero, como su papá, y cómo su madre le censuraba la idea imponiéndole en el acto la resolución de que de adulto se convertiría en maestro. No le prestaba relevancia hasta que el camionero terminó encerrado en una cárcel de Tijuana. El lugar y momento equivocados le llevaron hasta un punto de inspección sorpresa ajeno de la nómina de sus patrones. Los paquetes ocultos en los muebles lo pusieron en cuestión de horas en la cárcel de la que no volvió a salir, y con ello se acabaron de tajo la casa grande, el coche grande, el colegio grande y las grandes certezas de una vida hecha y resuelta.

Su madre nunca se lo perdonó. El agobio de los dueños de la mercancía incautada la orilló a darles la casa y el resto de sus bienes, para más tarde huir de la ciudad para empezar de cero sin la amenaza permanente de sus cobros

impagables. López fue incapaz de perdonarla. En su haber llevaba la herida de no ver a su padre, de no poder decirle que lo quería, que lo perdonaba, que entendía porqué hizo lo que hizo y que no fue su culpa terminar así.

—¿Quieres volver a tener lo que teníamos antes? Estudia para profe —sentenciaba su madre cada vez que discutían—.

Pero López lo tenía tan claro como lo tuvo su padre en su momento. La realidad y la justicia son caras opuestas de la misma moneda. Y si la vida pende de un volado, ¿de qué vale la ilusión de suponerse justo?

Por eso fue tan fácil entrarle al negocio desde que cursó la secundaria. No faltaron nuevos amigos que lo indujeran a hacer una que otra chamba cuyos billetes le terminaron de convencer de que ese era el único camino, tal como en su momento se la jugó su padre. Trasladar mercancía, vigilar la plaza, un par de pitazos oportunos y su disposición sin reserva llegaron pronto a oídos del comandante, quien reconoció aptitudes en el chamaco cuando tuvo el descaro de buscarlo después de que lo sorprendieran vendiendo producto adentro de la secundaria. Su forma de relatarle cómo lo intuyó antes de presentarse en la oficina del director, y la manera cómo decidió fugarse de la escuela y al mismo tiempo de su casa y de su vida para entregarse de lleno al negocio le convenció de acogerlo e instruirlo a mantenerse leal. ¿Quería trabajar para él? ¿Quería hacer más billetes de los que un profe hubiera imaginado? Los tendría si afianzaba su confianza para enviarlo a entrenar a la sierra a convertirse en miembro de élite para la empresa.

¿Qué más podría haber deseado López? ¿Qué más podría haber respondido a la pregunta: «¿Te la vas a rifar de veras o te quedas a cuidar puercos?».

IV

La camioneta por fin frenó y Jesús escuchó distintas voces de aviso a su llegada, el ruido metálico de pesadas puertas corredizas y la orden de seguir avanzando. Su sentido común se aferraba a la posibilidad de que le forzaran a dar sus claves bancarias y endosarles la factura de su auto. En su mente resolvió que lo haría sin chistar, sin verles a la cara, sin fijarse a dónde lo habían llevado, y después lo trasladarían a cualquier sitio remoto para abandonarlo ahí, a su suerte, pero vivo.

Unos metros más adelante volvieron a detenerse y el motor se apagó. Tanto a él como a su compañero en desventura los bajaron de la camioneta para llevarlos en direcciones opuestas. Aquél rogaba que lo dejaran ir, Jesús accedió a todo en silencio y sin resistencia de por medio, entregado al frío, a la densa oscuridad, a los pasos de sus captores y al chillido de cerdos que se oía más y más cerca.

—Me la rifo —respondió López con determinación al tiempo que ingresaban a Jesús al corral—.

El comandante chasqueó los dedos y uno de los captores acudió a entregarle la billetera de Jesús en tanto el otro lo encaminó a colocarse entre los cerdos. Luego se movilizaron para tomar un par de linternas con las que uno alumbró los documentos de la cartera en tanto el otro vigilaba atento a lo que hiciera o no hiciera Jesús.

López miraba con expectación al secuestrado y las acciones de su comandante, que examinaba detenidamente las credenciales del recién llegado. Le pareció evidente que aquello se trataba de un examen, una forma de evaluar su habilidad para sacarle alguna información al pobre tipo aquel. De conseguirlo, el premio sería la sierra; de no hacerlo la bala en el revólver acabaría con ese y el resto de los capítulos de su breve historia.

El comandante le señaló al sujeto que permanecía petrificado entre los cerdos.

—Se llama Jesús, vive en Zacatecas, es profe —dijo sin mucho interés. Luego clavó sus ojos en los de López, le sujetó con brusquedad la muñeca derecha y sentenció—: Y también es tu boleto a la sierra. Truénatelo —para inmediatamente ponerle el arma en la mano—.

El corazón de López se aceleró como nunca había sentido. El de Jesús pareció detenerse cuando sus rodillas se doblaron para hundirse en la inmundicia de los cerdos. Intentó reincorporarse, decir algo, pero el aliento se le fue tan lejos como la ilusión de valer menos que esos cerdos que le acompañarían en sus últimos instantes. Los reproches que cayeron sobre cada una de las decisiones que lo llevaron hasta ahí, desaparecieron al igual que su preocupación por el paradero de Mónica. No había tiempo para arrepentirse, no había lugar para disculparse, solo el ímpetu de rebelarse a los azares del destino o de quedarse quieto y prolongar en tanto fuera posible su ya inútil existencia.

López, por su parte, caminó vacilante hacia Jesús. Durante su estancia en la finca había aprendido entre otras cosas a disparar un arma, a dominar el culatazo, a afianzar su pies al suelo, a habituarse al tronido, mas nunca le había disparado ni siquiera a uno de los cerdos. Se detuvo detrás de Jesús, estiró el brazo y le apuntó a la nuca.

—No. De frente —le ordenó el comandante, y sin más alternativa que acatarlo, rodeó la humanidad de Jesús entregándose al encuentro inevitable de sus miradas—.

Bajo la luz de las linternas, atestiguó una forma de miedo nunca antes vista. La faz desencajada del cordero, abandonada de esperanza, en lucha por no sucumbir a la resignación, desesperada por decir lo que carece de palabras. Y por su parte, la de López, erguida, a cada paso más empoderada, resolutiva, erosionada de los rasgos del niño y moldeada en los de un ente impasible, imparable.

Cuando Jesús vio el arma apuntando a su rostro no soportó más y cerró los ojos con la ilusión de no saber en qué momento aquello habría acabado. López lo contempló así, aterrado, y en su cara se dibujó una inédita mueca de ironía. No estaba asesinando a un hombre, sino al «profe», al estigma que su madre le tatuó para ser maestro, para negar a su propio padre, para negar su instinto, para dejarse arrebatar con tan patética facilidad lo que por derecho era suyo, para negarse el derecho a arrebatarlo como la vida, el mundo y su gente arrebataron la ilusión de lo que nunca pudo ser. Sus sueños, su afirmación, su proclamación, su determinación estaban ahí, a sus pies, a la mínima flexión de una falange de distancia para jalar del gatillo y borrar de tajo el pasado, el dolor, la ausencia, y existir sin ataduras por el tiempo que fuera posible, pero al fin en libertad. Exhaló con frialdad absoluta y dejó detrás al niño que jamás pudo entender.

Ojos tristes

Filiberto García

A varios de ustedes quizá les ha tocado, en algún momento de su vida, que un perro los siga de manera intermitente cuando van al trabajo, a la escuela o al mercado. Esos animales carentes de afecto buscan compañía y siguen a los primeros pies que pasan junto a ellos, rozan con su nariz negra y húmeda las costuras del pantalón intentando olfatear la bondad de las personas. No crean que es su buena vibra la que atrae a esos nobles animales, ni mucho menos su carácter lleno de bondad, es un misterio que nadie termina por comprender.

Los perros callejeros son como la suerte: llegan de manera inesperada, sin ser llamados con las palabras y de la misma forma se alejan, desaparecen como el miedo con las buenas melodías y se despiden silenciosamente sin dejar rastro. Ellos son los mejores cazadores de expresiones, tienen la capacidad de leer en los humanos los estados de ánimo, fisonomistas cautelosos que ocasionalmente levantan los ojos para ver la cara del perseguido. Si ven inmutable el gesto o un movimiento de manos despectivo, continúan la persecución pausada, lo siguen discretamente, ahora que, si por algún motivo ustedes cometen la imprudencia de sonreírles o hablarles cariñosamente, temo decirles que han cavado su propia tumba.

Siempre me creí buena persona, porque no juzgo a los demás, saludo a los homosexuales sin burlarme de ellos, ayudo a cruzar las calles a los ciegos y entrego donativos a la Cruz Roja siempre que miro los botecitos colocados en los mostradores de los establecimientos de mi pueblo, por eso al recibir sorpresas inesperadas, pensaba que eran consecuencia del noble corazón que me cargo y de mis actos desinteresados por los demás.

Una mañana me dirigía al trabajo y por lo general el sol me sorprende golpeando mi espalda por la mañana. Soy el conserje de la secundaria que está cerca de la Alameda, vivo hasta el otro lado de Jerez, en el Molino, donde el polvo de las calles baña los muros de las casas. Por lo general voy en bicicleta, pero ayer por la noche la llanta se reveló y gritó: ¡basta! Se ponchó la cámara, así que sin bomba ni talleres de reparación abiertos me resigné a madrugar más de lo normal, apenas una hora más temprano y las calles de la colonia San Francisco me parecían extrañas, renovadas para mis ojos hartos de verlas recurrentemente a la misma hora.

Seguí la misma ruta y me fui por la calle Libertad, eufemismo de las callejuelas del centro que recogen pasos apresurados y despedidas comprometidas. Hacia la altura del puente del Río Grande sentí que algo tocó mi rodilla. Salté de susto, pero me tranquilicé al ver que era un perro callejero, flaco, de pelaje hermoso y de apariencia inofensiva; tenía la belleza fracturada y el brillo tembloroso en los ojos de aquellos quienes hemos sufrido un abandono. Sonreí y el perro movió el rabo para corresponderme el saludo. Tendí la mano y el can aprontó la cabeza para sentir la caricia mientras cerraba sus ojos. «Pobre animal, qué culpa tiene de vivir en el mundo civilizado, qué culpa tiene de ser

víctima de la domesticación», pensé de manera ingenua. Después de masticar la misma idea, llegué hasta la calle Dieciocho de julio y el perro seguía a mi lado, jugueteaba y en ocasiones trotaba adelantándose algunos metros, olía los postes, orinaba con desgano las llantas de los autos y luego volteaba de reojo para cerciorarse de que continuábamos en el mismo camino.

El aire fresco despertaba en mí las ganas de respirar hondo y exhalar sin prisa, para olvidarme un poco de la zozobra que continuamente me persigue. Avanzaba ensimismado, dándole vueltas a las deudas; no dejaba de pensar en el librero que mi esposa compró con unos vendedores de muebles ambulantes, prometieron bajos intereses y facilidades de pago; por desgracia nos retrasamos dos meses y duplicaron el precio que disque por gastos de cobranza, ya no veía la hora de librarme de ese martirio. Continué con el andar pausado como con las ganas de no llegar pero con el miedo de quedarme, de pronto me tropecé con el perro, el animal se paró, atemorizado miraba en muchas direcciones y aguzaba las orejas. Estábamos a la altura de la calle de los Libres, todavía puedo recordar su pelo crispado, sus dientes blancos y el gesto feroz que reprimía un gruñido.

Me detuve por instantes, apenas para que la madrugada se poblara de miedo y de sonidos raros. A unos cuantos metros observé a dos hombres discutir acaloradamente; lanzaban insultos, cada vez de manera más intensa. Uno de ellos sacó un cuchillo y como un relámpago plateado se le dejó ir al cuerpo; el otro cayó, intentando sostenerse de la pared. Yo me replegué con sigilo hasta ocultarme en el marco de una puerta. El hombre emprendió la carrera como quien intenta desvanecerse, pero al notar mi presencia cambió de opinión. Sonrió como quien está obligado a quitar cualquier obstáculo para su libertad y después frunció la frente.

No tenía pensado dejar testigos, así que de nuevo empuñó con fuerza el cuchillo y yo cerré los ojos dispuesto a recibir el metal en mi cuerpo. El perro saltó hacia el extraño y de una mordida le prendió la muñeca. El hombre soltó un grito y el cuchillo. Yo corrí sin descanso, envuelto por la adrenalina; avancé varios metros hasta escuchar el aullido lastimero. En mi cabeza apareció la imagen del perro agonizante. Regresé con cautela, al no ver a nadie avancé hasta donde estaba el perro tendido sobre la banqueta, tenía una herida a la altura del muslo, sangraba poco, pero me preocupé mucho y sin miramientos lo cubrí con mi chamarra y lo cargué hasta la escuela. El perro se veía feliz, pero yo exageraba mis cuidados porque me sentía culpable por lo que había sucedido, hasta le pedí a la señora de la cooperativa caldo de pollo porque me sentía enfermo: mentí. El caldo era para el perro.

Tres días pasaron sin que notaran la presencia del animal que dejé en el taller de carpintería, tras unos muebles que llevaban años sin que nadie los moviera, ahí le formé una cama con varios retazos de tela que tomé del taller de corte y confección. Sin embargo, el director de la escuela siempre rondaba por los recovecos de la institución y como tiene un olfato como el del perro, dio con la mascota que gané por obra del destino. Me llamó a su oficina, me regañó y advirtió que el perro era un peligro para los alumnos, que me diera

de santos que no mordió a ningún estudiante, porque de lo contrario tendría problemas con la sociedad de padres de familia. Yo le expliqué al señor director que ese perro era para mí como un ángel, porque de no ser por él, ya estaría tres metros bajo tierra. Poco le importó la réplica y la historia milagrosa del perro, pues dijo que si encontraba al animalito la próxima vez que hiciera el rondín me descontaría varios días de mi sueldo por desacato a la autoridad.

Durante el día pensé la forma de solucionar el dilema de abandonar o cuidar al animalito que me salvó la vida, pues la casa donde vivimos es muy chica, la menor de mis hijas tenía frágiles sus pulmones, sufría de alergia a los perros y la mujer con quien me casé, al enterarse juró una guerra anti-canina para siempre y sus convicciones son inquebrantables. En nuestro aniversario número doce le regalé dos perros de peluche en miniatura con un ramo de flores muy hermoso, al mes los vi colgando de la defensa del camión de basura, los tiró con la indiferencia de quien mira sin mirar. Desde ese día me quedó clara su postura.

Como no estaba dispuesto a perder mi trabajo, pero tampoco a comportarme como un desagradecido, me lo llevé a casa. Antes de cruzar la puerta ya sabía que me esperaba una pelea muy fuerte con la mujer que vive conmigo. En cuanto me vio llegar con la mascota puso el grito en el cielo y me dijo que sabía perfectamente que ahí no había cabida para el perro. Yo utilicé todos mis recursos de convencimiento, le platicué con entusiasmo la hazaña del animalito, cómo se detuvo en señal de alerta, cómo me advirtió del asesino y cómo de manera repentina le clavó sus colmillos en la muñeca para que no me asesinara. Le dije que resultaba imposible olvidarme del sacrificio que hizo, para aumentar el dramatismo hasta le mostré la herida que tenía en el muslo. Mi esposa aceptó pero con la condición de que amarrara al pobre perrito en el árbol que estaba frente a la casa. Acepté sin otro remedio. Si por mí fuera le harían un rincón en la casa y le acomodaría una cama con el chiquigüite viejo que me regaló la abuela Basilia.

Con trozos de fierro de una cabecera vieja, con mucha culpa en mis manos y la deuda pendiente del librero que me impidió comprarle una casa de madera o plástico, le armé un tejabán al perro para que no sufriera insolación y no le pegara muy duro ni la lluvia ni el frío. Los primeros días estuvo muy quietecito, como quien está desconcertado por el cambio de vida, pero con el paso de los días sintió la obligación de cuidarnos y desquitar las sobras que recibía para alimentarse. Comenzó con gruñidos, después con uno que otro arranque a pesar de estar amarrado, hasta que no dejaba de ladrar a todo aquel que pasara por la calle o intentara tocar nuestra puerta. La gota que derramó el vaso fue cuando el perrito, en su celo desmedido, le mordió el tobillo a mi cuñada, quien hizo el escándalo de su vida.

Al regresar del trabajo mi esposa lo tenía con un bozal y antes de que le dijera algo, me dijo que el perro era peligroso, que si mordía a los vecinos estaríamos en la cárcel por criar a un animal sin vacunas. Vi al perro con tristeza y él me correspondió sin entender la razón de su castigo. Yo seguía agradecido porque me salvó la vida, pero no sabía cómo corresponderle, lo único que

estaba claro es que no podía continuar con él, así que decidí soltarlo para que tomara otro camino, pero contrario a lo que pensaba se metió a la casa, a pesar de que mi esposa estaba en la puerta y con gritos y tres buenas patadas intentó impedirle el paso. Lo saqué como pude y lo llevé al baldío que está por la carretera a Zacatecas, le serví comida para que se entretuviera y le acaricié la cabeza para que se confiara y aproveché para escapar. De regreso en la casa todo estaba en paz, mi esposa preparó arroz con leche, el postre que siempre le peleo, creo que lo hizo en agradecimiento por deshacerme del perro.

Dormíamos en aparente tranquilidad en medio de la noche fresca. Varios rasguños nos despertaron y los gruñidos lastimeros que no cesaban, terminaron por interrumpir el sueño. Me levanté y la sospecha resultó verdadera, ahí estaba el perro. Lo odié tanto que borré la gratitud que sentí cuando me salvó la vida. Qué error cometí para merecer la condena de cargar con el animal a quien nadie quería. Agarré un lazo muy largo que tenía detrás de la puerta y amarré al perrito por el cuello, pensó que íbamos a pasear y movió el rabo con alegría. Caminamos cientos de metros hasta llegar al río, había una zona solitaria, con álamos y mezquites, sin piedad y antes de que ladrara y su llanto perruno me conmoviera, lancé la cuerda por encima de una rama y tiré con tanta fuerza que oí tronar su pescuecito, no tuvo tiempo de reprocharme con un ladrido o no sé si se aguantó las ganas.

Dejé al perro colgado, balanceándose como el péndulo de un reloj antiguo y regresé hasta la madrugada con un costal para llevarlo al basurero y borrar de manera definitiva la hazaña de salvar mi vida. Me cubrí con la máscara de la indignación para no sentir más remordimiento y lo culpé a él por no saberse comportar, por ser tan aferrado al cariño y no entender que los favores no implican un agradecimiento perpetuo. Desde entonces cada que veo a un perro lo apedreo, no sea que piense que dedicaré el resto de mi vida a cuidarlo, a ofrecerle el techo que tengo por casa, pero sobre todo, porque no sé quién fue más animal, si aquel perrito por salvarme la vida o yo por matarlo.